

ÉRIKA RUIZ SANDOVAL

EEUU, Europa y la crisis transatlántica: la posición de España

Un año después de iniciada la guerra en Irak todavía no han aparecido las armas de destrucción masiva, pero se adivinan ya las consecuencias de las decisiones asumidas desde el 11-S. Los ataques terroristas desvelaron una multiplicidad de crisis. De éstas, la más notoria es la de Irak. El problema no era Sadam Husein y su régimen dictatorial o que tuviera armas de destrucción masiva, según afirmaban los “informes de inteligencia”, sino algo más amplio: el deseo de EEUU de reconfigurar el orden mundial. Dentro de esta crisis existen otras, entre las que se incluye la de la relación transatlántica y el viraje en la política exterior española ideado por Aznar.

En esta era de maniqueísmo no es extraño que se hable de una división entre EEUU y Europa.¹ El tema no es nuevo; los desencuentros transatlánticos durante la guerra fría fueron muchos. Pero hay una diferencia. El clímax del “choque de civilizaciones dentro de Occidente”² fue la negativa de Francia —con el respaldo

¹ Se habla aquí de Europa en referencia a la Unión Europea (UE) —el proceso de integración más avanzado que hasta la fecha incluye a Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Portugal, Reino Unido y Suecia—, salvo cuando se especifique lo contrario. Se trata de un atajo conceptual, pues parte del problema es que Europa no habla con una sola voz en materia de política exterior —la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) es un mecanismo intergubernamental—, pero ése es el término que se usa en el debate sobre la rivalidad transatlántica y, quizá, el primero de los errores a destacar.

² Joaquín Estefanía, “Choque de civilizaciones en el seno de Occidente”, *El País*, 29 de marzo de 2003.

Érika Ruiz Sandoval es Licenciada en Relaciones Internacionales por el Colegio de México, especialista en Estudios de Integración Europea por el Instituto Tecnológico Autónomo de México y doctoranda en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Barcelona

de Alemania— de apoyar al Gobierno de Bush en el Consejo de Seguridad con respecto a Irak, lo que llevó a Washington a ignorar la instancia multilateral para continuar con sus planes de guerra. Esto no había ocurrido antes, y menos respecto de un tema de importancia vital para EEUU.

Ante el enfrentamiento entre EEUU, por un lado, y Francia y Alemania, por el otro, no es extraño que los británicos desempolvaren su “relación especial” para aparecer como aliados incondicionales de Washington, incluso si eso suponía ir en contra de sus socios europeos. Lo que sí sorprendió a unos y otros fue la aparición de España en tal situación, en una suerte de acción arriesgada que tenía por objeto aprovechar una posible oportunidad para desarrollar su propia “relación especial” con los estadounidenses, a partir de una personal lectura del ex mandatario español según la cual España debía codearse con la potencia hegemónica a cualquier precio.

Resulta importante evaluar la supuesta crisis de la relación transatlántica —más un problema de imágenes (caricaturas) que de realidades—, relacionada con la aparición reciente de textos, principalmente estadounidenses, que se refieren a la rivalidad entre ese país y Europa. Pero, para que el mito se vuelva popular debe tener un mínimo de verdad. Por tanto, es necesario explorar las diferencias entre europeos y estadounidenses y subrayar que, sobre todo para los europeos, la disputa —real o no— importa.

También es importante tener en cuenta las posiciones de cada uno de los Quince de hoy —y de los Veinticinco de mañana— en el momento de crisis. Por eso, conviene evaluar la apuesta de Aznar para colocar a España en una mejor posición internacional acercándose a EEUU, atractiva *a priori* pero también arriesgada. La búsqueda de una “relación especial” cuando lo que hay entre España y EEUU es una gran asimetría y pocas coincidencias más allá de la amistad entre sus líderes, puede resultar un esfuerzo inútil y con grandes consecuencias para una potencia media que ha llegado a serlo, sobre todo, por su pertenencia a la Europa integrada.

EEUU: de única superpotencia a imperio en una década

A casi cinco décadas de iniciada la guerra fría, ésta terminó inesperadamente con el colapso de uno de los contrincantes. Luego siguió un decenio en el que el mundo vivió una época de paz y estabilidad relativas. Fue una década de inusual cooperación entre Estados; baste mencionar la coalición internacional que EEUU logró formar para la Guerra del Golfo.

Pero era demasiado bueno para durar. En la verdadera reconfiguración del orden mundial actual, EEUU se presenta como “hiperpotencia”. El vencedor de la guerra fría paulatinamente se transforma en un imperio *sui generis*, pero imperio al fin.³

³ Ver Norman Mailer, “Only in America”, *The New York Review of Books*, 27 de marzo de 2003.

En la actualidad, EEUU se siente por encima de las normas internacionales gracias a su poder militar. Así lo hicieron saber durante la crisis iraquí Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz, personajes que dominan hoy la política estadounidense y que vencieron al bando de Powell, a quien permitieron practicar el multilateralismo en Naciones Unidas sólo por un tiempo determinado. Una vez que no consiguió la luz verde que esperaban para invadir Irak “por consenso”, decidieron actuar solos.

El socio del otro lado del Atlántico

Esta transformación puso a Europa en una situación complicada, pues la alianza transatlántica ha sido importante para la consolidación del proyecto de integración. Gracias a ella Europa vivió durante la guerra fría bajo el paraguas de seguridad estadounidense. Pero Europa ya no es la misma que al término de la II Guerra Mundial; hoy es una de las regiones más prósperas del mundo, que ha desarrollado un modelo distinto al estadounidense basado en la defensa de la legalidad internacional.

La crisis iraquí obligó a Europa a elegir entre su lealtad hacia EEUU y su papel en el mundo pero, más importante aún, sobre el tipo de mundo que quiere. Ante esta situación, Europa se dividió. En un bando, la “vieja Europa”, según el simplismo de Rumsfeld,⁴ con Francia y Alemania en contra de EEUU. En el otro, la “nueva Europa” que se unió a los aliados estadounidenses, formada por los países candidatos de Europa del Este, que asocian la modernidad y su cambio de régimen, pero sobre todo su seguridad, con EEUU; Reino Unido, de quien no se podía esperar otra cosa; y, sorpresivamente, España.⁵ Para muchos, esta división es el principio del fin de la construcción europea, al menos en lo que respecta a su política exterior, y si a eso se agrega que la disputa es con y por EEUU, la situación se agrava.

Verdades a medias

Cabe preguntarse si la crisis iraquí confirma que la rivalidad transatlántica existió, existe y existirá, y que las diferencias entre Europa y EEUU son más profundas que nunca. Sin embargo, la disputa transatlántica es más bien una fabricación que, de tanto repetirse, empieza a hacerse realidad.

Posiblemente, el principal promotor de una brecha transatlántica sea Robert Kagan, director del Proyecto Liderazgo Estadounidense en el Carnegie Endowment for International Peace, uno de los *think tanks* más influyentes de Washington. En 2002, Kagan publicó un artículo sobre la relación transatlántica, “Power

*La crisis
iraquí obligó
a Europa a
elegir entre su
lealtad hacia
EEUU y su
papel en el
mundo pero,
más
importante
aún, sobre el
tipo de mundo
que quiere*

⁴ El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, dividió a Europa en “vieja” —para referirse a Francia y Alemania— y “nueva” —para hablar de Bulgaria y demás países del Este, y quizá hasta de España, que en aquel momento manifestaba su apoyo incondicional a EEUU en el tema de Irak—.

⁵ Los países del Este que se incluyen en ese lado son Polonia, República Checa, Hungría y, más tarde, Eslovaquia. También participaron Italia, Portugal y Dinamarca.

and Weakness”, que luego convirtió en libro, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*. Ambos textos se han vuelto populares por su simpleza. Pero eso es tanto virtud como pecado: virtud porque con lenguaje simple y en poco espacio analiza una relación intensa y compleja; y pecado porque tanta simplicidad se vuelve simplismo y entonces caen en la misma categoría que *El choque de civilizaciones* de Samuel Huntington.⁶ A punta de generalización y taquigrafía analítica, el argumento es apenas una provocación.

Para muchos, los ataques terroristas del 11-S fueron la confirmación del argumento de Huntington. El caso de Irak será la confirmación de las hipótesis de Kagan, o más bien de lo que la opinión pública —tanto la prensa estadounidense como la europea tienen mucho que ver—⁷ extrajo del argumento de Kagan, es decir “que los europeos y los estadounidenses no comparten una visión común del mundo.”⁸

Pero, ¿a quién le sirve la rivalidad transatlántica, como fue útil hablar del “choque de civilizaciones”? La obra de Huntington se convirtió en *best-seller* porque su tesis “profetizaba el fatal devenir del mundo,” y despertó el mismo interés que las profecías de Nostradamus.⁹ Pero, en retrospectiva, el texto de Huntington era un diseño político-estratégico para el Gobierno estadounidense a la luz del “fracaso” de la Guerra del Golfo. Por tanto, no es “el choque de civilizaciones” lo que lleva a la guerra, sino que la guerra incita el choque de civilizaciones y así ésta puede reproducirse *ad infinitum*. Esta estrategia permite no sólo movilizar a la población estadounidense en torno a su bandera, sino también dejar abierta la puerta para cualquier acción militar ante un escenario internacional “hostil”, incluyendo la guerra preventiva.

En el caso de Kagan, no es casualidad que sea él quien hable de una rivalidad transatlántica y, además, que coincida con la visión de política exterior del grupo en el poder en el Gobierno de Bush. ¿Cómo afianzar el liderazgo estadounidense en el futuro? Acabando con el rival más próximo: la Europa integrada que está a punto de admitir a diez nuevos miembros, cuya moneda única es hoy más poderosa que el dólar y que se ha convertido en un mercado de proporciones equiparables al estadounidense. Además, progresivamente adquiere mayor presencia internacional como modelo alternativo en Occidente.

Si ésta era la intención ante la crisis de Irak, los neoconservadores estadounidenses sabían perfectamente lo que hacían. En esta interpretación no es casualidad que mientras Powell discutía con Villepin en el seno del Consejo de Seguri-

⁶ Difiero de lo que afirma Timothy Garton Ash en su artículo “¿Son EEUU de Marte y Europa de Venus?”, en *El País*, 23 de febrero de 2003, p. 4, pues para Garton Ash el texto de Kagan está por encima de los de Huntington y Francis Fukuyama, *The End of History*, ya que el argumento del primero es mucho más elaborado que el del segundo y se presta a menos confusiones que el del tercero. No obstante, como lo que realmente importa no es lo que el autor dice sino lo que la opinión pública cree que dijo, Kagan queda irremediamente en el mismo grupo.

⁷ Ver Richard Lambert, “Dos que no se entienden”, *Foreign Affairs en Español*, abril-junio 2003, Vol. 3, Nº 2, pp. 31-45.

⁸ Timothy Garton Ash, *op. cit.*

⁹ Vicente Verdú, “Hacia un nuevo pacifismo”, *El País*, 16 de febrero de 2003.

dad, Rumsfeld hablara de la “vieja” y “nueva Europa,”¹⁰ quizá a sabiendas de lo fácil que es romper los frágiles equilibrios internos de la Unión. De ahí vinieron las agrias discusiones sobre quién era “vieja” y quién era “nueva” Europa, pero el daño estaba hecho. En vez de que Europa, el más extraordinario experimento político de la historia moderna, hablara con una sola voz —vieja y nueva, presente y futura en armonía— se hicieron dos bandos, perdiendo de nuevo una oportunidad dorada para presentar un punto de vista común que, además, era fácil defender — las pruebas contra Husein nunca fueron contundentes—, y que hubiera tenido el apoyo de la opinión pública que se manifestó abrumadoramente en contra de la guerra en febrero de 2003.¹¹

¿La división transatlántica generó el enfrentamiento entre europeos y estadounidenses en torno a Irak o es éste el que generó la división transatlántica? En todo caso, lo importante es que el conflicto iraquí le dio visos de realidad a esa división.

La verdadera rivalidad transatlántica: cuando el medio se convierte en fin

¿Qué hace a los estadounidenses diferentes de los europeos? O ¿qué hace a los representantes estadounidenses hoy en el poder querer afirmar que son distintos de los europeos que lideran los destinos de los Quince? El matiz es importante, pues las diferencias entre unos y otros no son de valores y principios. Se trata de un diferendo político y cortoplacista que se ha vendido como uno de identidades.¹²

Según Kagan, no comparten la misma visión sobre cómo debe manejarse el sistema internacional, cuál debe ser el papel del Derecho y las instituciones o el equilibrio idóneo entre el uso de la fuerza y la diplomacia para resolver conflictos. Conforme EEUU asume que vive en un sistema internacional anárquico en el que impera la ley del más fuerte y que el poder debe usarse para eliminar las amenazas reales o potenciales, Europa existe en un mundo liberal y kantiano, de cooperación e instituciones, en el que el poder es sobre todo de naturaleza moral y radica en el éxito de su propia construcción. La explicación de sus diferencias radica en el poder con que cuentan uno y otro. Si EEUU es ya una “hiperpotencia”, sólo

¹⁰ Cabe subrayar los comentarios sobre la ingratitud europea después de que EEUU concedió el Plan Marshall y hasta las “*freedom fries*.” Ver Sheryl Gay Stolberg, “Threats and Responses: Washington Talk; An Order of Fries, Please, But Do Hold the French,” *The New York Times*, 12 de marzo de 2003.

¹¹ Hay que subrayar que las manifestaciones en contra de la guerra también fueron numerosas en EEUU, lo que permite enfatizar que éste es un juego político de gobiernos, de corto plazo, y prueba que las diferencias no son entre sociedades.

¹² Al igual que ocurre con el nacionalismo virulento, y con el famoso choque de civilizaciones, una vez que se incorporan en el discurso político generalidades y abstracciones dicotómicas sobre las nociones de cultura, valores e identidad y se obliga a un grupo en particular a definirse por contraposición al “otro”, es fácil mover masas, con todos los peligros que esto implica. Es decir, se ataca el “ser”, todo lo que hace que un colectivo exista y sea diferente a otro.

Si europeos y estadounidenses coinciden en el fin, pero no en los medios, ¿qué pasa cuando el medio se convierte en fin?

puede ser unilateralista. En contraste, a falta de poder militar, los europeos no pueden ser más que multilateralistas.

EEUU no pudo relajarse durante la guerra fría, pues la seguridad del “mundo libre” dependía de él. Europa tenía ante sí la tarea de acabar con sus guerras fratricidas y recuperarse de sus heridas. Los estadounidenses optaron por fortalecerse militarmente, mientras los europeos se dedicaron a reinventarse. Tras la caída del muro de Berlín, Europa se reveló como un éxito político y económico pero sin poder militar, mientras EEUU refrendó su estatus de superpotencia y aumentó su poder militar, aunque no tuviera un enemigo evidente. Si las diferencias no se manifestaron antes fue porque a ambos les costó acostumbrarse a vivir sin la URSS y por la urgencia con la que hubo que actuar, conjuntamente ante la incapacidad europea, en los Balcanes.¹³

Para Kagan, Europa perdió la oportunidad de constituirse en un verdadero contrapeso de EEUU a principios de los años noventa, cuando se convirtió en Unión Europea y pudo haber consolidado una verdadera política exterior y de seguridad común que borrara lo de “gigante económico, enano político y gusano militar”. Sin embargo, dice Kagan, Europa no pudo hacerlo, pero tampoco quiso, pues como ente integrado ha buscado escapar a toda costa del juego de poder que la mantuvo en constante guerra durante siglos.

Aquí radica la parte más importante de las diferencias entre EEUU y Europa, según Kagan: “El poderío estadounidense y su voluntad de hacer uso de ese poder —unilateralmente si fuera necesario— constituye una amenaza para el nuevo sentido de misión de Europa.”¹⁴ Es decir, si europeos y estadounidenses coinciden en el fin, pero no en los medios, ¿qué pasa cuando el medio se convierte en fin? Por ejemplo, el fin puede ser convertir el mundo en un lugar más seguro, en el que imperen la democracia, la economía de mercado y el respeto a los derechos humanos. Para alcanzar esa meta, Europa opta por destinar más de 40.800 millones de euros a la etapa post adhesión de diez países que convertirán al continente en un bloque gigantesco.¹⁵ Ese monto equivale a una séptima parte del presupuesto militar estadounidense para 2003, a lo que se solicitó para encontrar en Irak unas armas de destrucción masiva que no aparecen, y también es la misma cantidad que invertirá Bush en investigación y desarrollo con fines militares, ambos elementos de la nueva estrategia de seguridad nacional con la que pretende impulsar la democracia, la economía de mercado y el respeto a los derechos humanos.¹⁶

¹³ Para algunos, como Esther Barbé, el conflicto de Irak es apenas el principio del verdadero fin de la guerra fría en las relaciones transatlánticas. Ver Esther Barbé, “La vieja Europa en un nuevo mundo”, *Foreign Affairs en Español*, 2003, Vol. 3, Nº 2, pp. 16-22.

¹⁴ En Robert Kagan, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*, New York, Alfred A. Knopf, 2003, p. 61.

¹⁵ Europa incluye así a sus vecinos más débiles, cuyo Producto Interno Bruto equivale apenas a menos del 50% de la media comunitaria, en su esquema de integración. Esto equivaldría a que EEUU estableciera una unión económica y política con México. Ver *The Economist*, “Europe’s Mexico option,” 5 de octubre de 2002, p. 50.

¹⁶ Agradezco a Héctor Ortega Nieto, autor de *De Quince a Veinticinco en Quince Años: Costos y Beneficios de la Ampliación al Este de la Unión Europea*, (Tesina), México, ITAM, 2003, por estas cifras comparadas.

Es preocupante que la tesis de Kagan se vuelva realidad, que las diferencias sean profundas, idiosincrásicas y estructurales y, peor aún, que no sea un problema transitorio. Que EEUU deje de considerar a Europa un interlocutor válido va en detrimento del sistema internacional. Además, EEUU necesita a Europa tanto como Europa necesita a EEUU. Es un claro ejemplo de interdependencia compleja. Pero en una relación asimétrica, el reto mayor siempre es para el débil. En este caso, a Europa le corresponderá hacer la mayor parte del trabajo para cicatrizar la brecha transatlántica y esforzarse para que los augurios de separación transatlántica no se conviertan en realidad, pues eso resultaría contraproducente para sus propios intereses.

Además, los europeos tendrán que desarrollar por fin una política exterior y de seguridad común efectiva si quieren figurar en el escenario internacional. A fin de cuentas, Alemania no puede ser más que "europea", al igual que el resto, incluyendo a Reino Unido, a pesar de su "relación especial", pues solos estos Estados jamás ocuparán un lugar preponderante en el sistema internacional actual.

¿Cola de león o cabeza de ratón?: el caso Aznar

Todo parece indicar que Aznar, tras el 11-S, llegó a la conclusión de que la obsesión de Bush con el terrorismo coincidía con la suya, y que eso abría una oportunidad para acercarse al hegemon y tratar así de buscar un mayor papel internacional para su país. Presa de un revisionismo histórico simplista y de un rencor personal contra los franceses, decidió cambiar el eje estratégico de la política exterior española, antes basado en Europa, y centrarlo en Washington.¹⁷

Alinéandose incondicionalmente con Bush respecto a Irak,¹⁸ Aznar buscaba obtener ganancias. Pero como toda política exterior es sobre todo política interna, con el cambio de rumbo Aznar también buscaba adelantarse al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), en contra de la guerra, creyendo que Francia terminaría apoyando a Bush en el último momento, lo cual dejaría al PSOE solo y fuera del "consenso europeo".¹⁹

Aun cuando esto no sucedió, Aznar mantuvo su posición. Primero cabildó a su opinión pública con el argumento de las armas de destrucción masiva, y luego cambió por el de la necesidad de luchar contra el terrorismo internacional. Pero no convenció, pues los españoles se manifestaron como nunca en contra de la guerra. Asimismo, ofreció a Bush hacer uso de la supuesta influencia de España sobre Chile y México, también miembros no permanentes del Consejo de Seguridad en aquel momento, para convencerlos de apoyar la posición estadounidense, y sólo logró enrarecer las relaciones de su país con ambos Estados.

¹⁷ Soledad Gallego-Díaz, "Historia de un presidente satisfecho", *El País*, 26 de enero de 2004, p. 16.

¹⁸ Con el Gobierno de Bush no caben más que alianzas incondicionales.

¹⁹ Asumir una posición proactiva en vez de reactiva es, en sí, una suerte de guerra preventiva en el quehacer diplomático y político interno de Aznar. Miguel González señala el caso PSOE en "Esto se nos ha ido de las manos", *El País*, 11 de marzo de 2003, p. 20.

Pero, Aznar ya estaba en el círculo de Bush y sentía que había puesto a España en mejor compañía que las de sus socios europeos —Francia y Alemania— frente a los que siempre sería inferior. Ahora compartía con el británico Tony Blair la atención de la hiperpotencia y quizá podría utilizar su nueva alianza para mejorar su posición dentro de la Unión Europea. Incluso hoy, cuando Irak sigue ardiendo y hasta Bush y Blair han tenido que explicar a sus respectivos Congresos las mentiras respecto a las armas de destrucción masiva, Aznar se ha mantenido inmóvil respecto a su posición inicial y siente que el viraje dado a la política exterior española ha sido un éxito.

Más allá de lo ocurrido con Aznar, cabe preguntarse cuáles serán las repercusiones de esta decisión en el mediano y largo plazo. La pregunta pertinente quizá no sea qué gana España, sino más bien qué pierde, lo que subraya lo arriesgado de la apuesta.

Primero, el acercamiento sin precedentes con EEUU ha sido una decisión personal del mandatario saliente y no una política consensuada entre las distintas fuerzas políticas que, además, se da en una sociedad en la que prevalece cierto “antiyanquismo” primigenio. Así, parece difícil que dicha política perdure. Es muy difícil alterar el rumbo de una política exterior sin que haya habido un gran debate nacional de por medio.

Más aún, así como la política exterior española se ha basado en el estilo personal de Aznar, el acercamiento de EEUU con España también se basa en la muy particular forma de pensar y ser de George W. Bush, a quien le ha dado por privilegiar las relaciones de su país con aquellos cuyos mandatarios tienen “química” con él, dejando de lado fruslerías como el interés nacional.²⁰ Además, también porque la política exterior es política interna, es posible aventurar que Bush quizá crea que su cercanía con Aznar le ganará votos entre la población latina de EEUU, lo cual refuerza el carácter temporal del acercamiento.²¹

²⁰ Ver Miguel González, “El presidente tiene una visión”, *El País*, 10 de marzo de 2003, p. 20. Cabe recordar que Bush llegó a la Casa Blanca sin gran conocimiento de política exterior y diciendo que México —lo único que conocía más allá de su propio estado de Texas— y su presidente, Vicente Fox, eran la relación más importante de su país. Ante la negativa de Fox de apoyarle en la guerra contra Irak, Bush ha buscado otros “amigos”. Con Aznar coincide en que son presidentes mesiánicos, hombres de “visión” y “misión”, religiosos, y pertenecen a partidos conservadores, y se siente cómodo con él. No obstante, tener una “relación especial” con EEUU implica competir con el mundo entero. Si bien la relación que tradicionalmente recibe ese nombre es la que sostienen estadounidenses y británicos, hoy pueden encontrarse más de una veintena de países que asumen tener ese tipo de relación con EEUU y, dada la lista, ponerle ese nombre no cambia la realidad. Ver Alan Knight, “US-Mexican Relations, c. 1900-c. 1945: A Special Relationship?”, manuscrito presentado en el CMS-COMEXI-ITAM Workshop “Closeness and Asymmetry: The Anglo-American and Mexican-American ‘Special Relationships’,” St. Antony’s College, Oxford, 9-10 de febrero de 2004, notas 32 y 33.

²¹ Aznar también parece creerlo y parece que malinterpretan la compleja política étnica de EEUU. Los latinos se autodenominan así, a costa del término *hispanic* que se usaba antes en las categorías étnicas del censo estadounidense, porque consideran que éste último lleva implícito el recuerdo de la opresión colonial española sobre sus países de origen. Por tanto, prefieren el de latino. La relación de los lati-

Pero, el problema mayor no radica en que haya buscado mejorar las relaciones de su país con EEUU, sino en que lo haya hecho a costa de Europa. La alianza Bush-Aznar ha supuesto un duro golpe a la imagen de europeísta que de España se tenía en Europa, y se ha traducido en la reducción de su margen de maniobra e importancia relativa en el ámbito comunitario. Este cambio de percepción se da en un momento delicado, a unos meses de la ampliación, en el que todos los equilibrios se encuentran en movimiento.

Las consecuencias se están produciendo ya, no sólo con la negativa de modificar en la Constitución Europea el reparto de votos para asemejarlo al arreglo acordado en Niza, como pedían España y Polonia, sino también con la cumbre celebrada la tercera semana de febrero entre los mandatarios británico, alemán y francés, a la que Aznar no fue invitado. Si Aznar pensó que sería él quien haría a Europa más “atlantista”, o que su atlantismo le ganaría puntos en Europa, parece haberse equivocado,²² con el agravante de que el *affaire* con EEUU puede ser de corta vida, teniendo en cuenta que Zapatero ha ganado las elecciones. En cambio, Europa hubiera sido una apuesta más segura, pues el destino de España, le guste o no a Aznar, está vinculado a la construcción europea. Por el momento, la España de Aznar ha apostado por ser cola del león estadounidense en vez de cabeza de ratón en el marco europeo. Queda por ver qué tan acertada –y duradera– fue la apuesta.

nos con su “madre patria” es bastante antagónica. El presidente saliente del Gobierno español se ha dejado guiar o manipular por los republicanos en este sentido, lo cual no ha sido muy acertado debido a que estos no entienden a este grupo que cada vez adquiere más importancia en su país, y asumen que todos los que hablen en español pueden ayudarles a conseguir su apoyo.

²² En su discurso ante el Congreso estadounidense, el entonces presidente español se posicionó como el vocero europeo frente a EEUU: reproducido por *El País*, 4 de febrero de 2004.